

LA CULTURA FILOSÓFICA EN LOS TIEMPOS DE MAYO

Blanca H. Parfait
Dra. Filosofía y Letras (UBA)
D. Archivo Filosófico Argentino (CEF; ANCBA)

Resumen

Este estudio da una vista general sobre la cultura filosófica en nuestro país. (c.1810). Con referencias a: 1° la filosofía de Aristóteles y sus conceptos de justicia y virtud; 2° El estoicismo: la filosofía es el conocimiento de los principios en los cuales la vida moral debe estar fundada. El cosmopolitismo; 3° La cultura europea; 4° Las ideas del siglo XVIII: libertad y progreso; 5° Manuel Belgrano y el estoicismo.

Abstract

This paper gives a general view of the philosophical culture in our Land (c.1810). With references about: 1° Aristotle's Philosophy and the notions of justice and virtue; 2° The stoicism: the philosophy is the knowledge of the principles which the moral life ought to be founded. The cosmopolitism ; 3° The european culture; 4°The ideas of the XVIII century: liberty and progress; 5 ° Manuel Belgrano and the stoicism.

¿Cómo se formó el espíritu de Mayo? ¿Cómo llegó la cultura a estas tierras de vastas soledades? ¿Cuáles fueron las ideas, sostenidas por los siglos, que iluminaron las acciones? ¿Cómo nos soñaron los que forjaron la patria?

¿Cómo es que, lejos de todo ámbito cultural propio, en una tierra virgen de ideas, llegamos a pertenecer a la cultura "occidental y cristiana"? ¿Qué significa, en fin, ser occidental y cristiano?

Comencemos por esclarecer estos conceptos para tratar de desentrañar su escondido viaje hacia América.

Occidente es una cultura y una tradición forjada a partir de una raíz común que no es sino la cultura griega que nos ha formado a través de un legado oculto pero, al mismo tiempo, siempre presente que conlleva en sí mismo los significados que encierran las palabras y las acciones que las mismas inspiran a los hombres.

La palabra será nuestra guía, tratando de rescatar el concepto que encierra y le da el significado originario y que se manifiesta en el momento en que surge y pasa a integrar la riqueza cultural heredada.

Ese elementos sutil, usado pero no pensado, que es la palabra, es el que nos permite unir los tiempos culturales porque no es sino el lenguaje el que, hilando su propia trama, forma la urdimbre de la historia a la que podríamos entender como "lo digno

de ser contado”, “lo que tiene valor en sí mismo”. Lo que merece ser contado se revela como el valor escondido de la historia, la narración de “lo digno”, del mérito que encierran -o niegan- las acciones del hombre. El valor dignidad es el que obra como eje del relato de los sucesos, separándolos de los sucesos cotidianos que, por ser tales, no ostentan ese valor. La palabra que urde la historia conlleva la cultura que ella muestra y reúne a los hombres que se reconocen en ella como pertenecientes a un mismo universo de sentido. No es sino por el lenguaje que los hombres se adscriben a un tiempo y un lugar, no es sino él el que los une o los separa, el que los ubica en un mundo de ideas compartidas y, también, es el que, al serles dado de antemano, sin elección posible, los sumerge en un espacio cultural que los va conformando y, sépanlo o no, les da las herramientas para que puedan comprender y revelar lo escondido que anida en sus manifestaciones. Ese trabajo subterráneo que hace el lenguaje es el que rehila la red y el que induce a describir y pensar las culturas, que no son sino la expresión de las ideas que forjan e ilustran el tiempo vivido. Las ideas describen y significan, al adquirir su expresión en la palabra, la vida misma que transcurrió y se condensó en lo que llamamos las épocas.

Tanto es ello así que, para llegar a las raíces de nuestra cultura occidental debemos hacer un viaje espiritual hacia tiempos antiquísimos, ya que somos herederos de un pensar que tiene sus orígenes muy lejos de nuestras tierras.

1.- Las ideas transterradas

Ese mundo de ideas que se expresa en castellano nos liga, indudablemente, al pensar occidental, el que, ya hace más de dos mil seiscientos años nace en Grecia. Ése es, sin embargo, el mundo de ideas en el que, aún, nos movemos. Siguiendo ese rastro podremos comprender la malla tejida por el tiempo y adentrarnos en el pensar que, indudablemente, surgirá de esa urdimbre.¹

Así, la palabra será nuestra guía en este trabajo de sacar a la luz los problemas y estudiar las ideas de la época colonial, pues, por ellas se nos transmitieron las costumbres, los pensares y se formaron las instituciones del país.

La formación cultural de esa época nos llega, a nosotros, a través de las ideas y las instituciones ya formadas en la península ibérica y quizá, si atisbamos a la España del siglo XVIII podremos iniciar nuestro camino.

¿Cuáles son las ideas que dan forman, en ese momento, a la cultura española? Aunque quizá, primero debemos aclarar que no era España, precisamente, donde florecían las ideas innovadoras de la época que corrían por Europa, pues ese país había quedado como en épocas anteriores, con una estructura cultural notablemente influida por ideas confesionales que le habían dado un carácter particular y que, luego,

observará asombrada la profunda escisión producida en el ambiente cultural, por la modernidad.

Esa particularidad es la que encontramos en nuestras raíces que afloran en las instituciones fundadas por los clérigos que, en su obra de culturización, nos fueron legando una estructura cultural heredera del cristianismo. Dichas ideas se desarrollaron en los lugares de formación que ellos mismos fundaron: las universidades y las escuelas conventuales, convertidas, así, en los focos de irradiación de ideas. El lugar de perfeccionamiento cultural toma pues, una forma académica, con clérigos disertantes en las instituciones que divulgarán las ideas y, al mismo tiempo, formarán a sus propios sucesores en las cátedras. Ellos se dedicarán a insistir en lo aprendido y repetirán, en las academias, lo ya sabido. Ese método de enseñanza debía ser, por ende, similar a lo ya aprendido, para poder, así, cultivar y lograr la perduración de la doctrina establecida y, de ese modo, asegurar la perpetuidad doctrinaria. La educación académica se centrará, pues, en la formación de clérigos y abogados, como forma de imponer la continuidad y vigencia de las leyes que le permitieran lograr un lugar predominante en la sociedad.

Nuestra mirada se dirigirá a la primera universidad de nuestro país, la Universidad de Córdoba, fundada en 1613 por la Compañía de Jesús. Su matriz era, sin duda, lo que llamaríamos escolástica (lo que indicaba la raíz aristotélica, y las exégesis que, sobre esas ideas, desarrolló la Edad Media y, en especial, Santo Tomás)². Debemos tener presente que no fueron sino los filósofos griegos Platón y Aristóteles y las escuelas que se derivaron de sus pensamientos, los que dieron, en los tiempos del inicio cultural de Occidente, la estructura conceptual al sentimiento religioso de la cristiandad.

La Compañía de Jesús adhería al pensamiento de Aristóteles el que, a través de la escala de la *physis* (llamada luego naturaleza por una traducción no muy correcta), permitió ubicar al hombre como perteneciente a la diversidad de los entes que la conforman pero, al mismo tiempo pensarlo como el más perfecto: idea que sustentaría y daría pie a la supremacía del hombre y a la justificación de su dominio sobre los demás entes.

Vayamos a nuestras raíces.

2.-Una idea aristotélica como eje.

¿Qué es la escala de la naturaleza sino una sistematización de todos los entes que componen el mundo, qué es sino un hilo que nos va llevando desde la materia prima (como posibilidad, como modo de pensar) a la realidad de las cosas y la vida misma,

qué es sino una manera de eslabonar y conservar lo simple en lo complejo y, tal vez, indescifrable? Un esquema conceptual nos aclarará el panorama,

¿Por qué, en primer lugar, tenemos que referirnos ineludiblemente a la noción de naturaleza? Porque, en todo programa educativo – y la formación académica lo contiene en sí misma – estará explícita o implícitamente, una idea del hombre. Todo programa que se elabore será solo la estructura metodológica que dará cuerpo a la idea que lo sustenta. De ella dependerán, luego, las relaciones que el hombre establecerá con su ciudad y las normas que lo regirán.

Dicha escala de la naturaleza tenderá hacia un fin que le es propio y cada escalón de la misma llevará hacia el siguiente como su perfección. Así, desde la materia prima se irán escalonando los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego, su unión en las sustancias, luego, los organismos, hasta llegar al hombre, compuesto por las tres almas o vidas: vegetativa, sensitiva y racional. Es en la razón donde encontraremos lo propio del hombre, pero ¿en qué consiste ésta y hacia dónde tiende? La respuesta aristotélica es que el alma cuya actividad es el pensar tiende hacia lo que es el puro pensar –llamado también primer motor inmóvil o pensamiento del pensamiento–. Esta instancia es compleja porque el pensamiento se divide en dos: el uno, llamado intelecto agente, y, el otro, intelecto paciente. Esta noción, no aclarada en los textos aristotélicos encontrados, fue y es motivo de controversias y toma de posiciones encontradas. En la escala filosófica aristotélica se la interpreta, mucho después, como dios. (Esta noción no es ya la del dios dentro de la concepción griega de los dioses a los que se los consideraba los “inmortales”, que actuaban bajo el influjo de las pasiones y podían dirigir las acciones humanas. Esta compleja noción que aunaba las ideas de lo que se llama la antigua religión helénica y las nuevas, elabora una panoplia de dioses, lo que significa que existía un dios para cada acción relativa a los hombres. Ese concepto de los dioses permite explicar problemas humanos: el problema del mal podría ser uno de ellos ya que se lo adscribe al dios correspondiente y no a todos los dioses; los dioses son indiferentes al devenir del mundo, al que no crean, puesto que es eterno. Si salimos de este horizonte de sentido, dejamos ya las ideas griegas. Las nuevas ideas del dios – como “puro pensar” colisionarán también con la idea divina de la cristiandad y provocarán numerosos problemas –tales como el problema del origen del mal, y la existencia o no de la libertad en las acciones humanas) 13.

Podríamos sostener que hemos heredado de los griegos una concepción del mundo y las ideas que lo explican pero no la noción griega de los dioses. Son los problemas que se plantean al unir la concepción politeísta helénica con la concepción oriental monoteísta de dios.

Esas ideas formarán un *corpus* metafísico sobre el cual se eslabonará la arquitectura conceptual de la cual tomaremos la idea del hombre como ser racional, como poseedor de una facultad que es el *logos* y que lo identificará como el ente supremo de la naturaleza increada.

El hombre racional, para los helenos, no es tal si no desarrolla su vida en una *polis*. La *polis* lo identificará y en ella resaltarán sus virtudes y se mostrarán sus vicios. Hombre y *polis* forman una unidad indivisible que revela el sentido de la vida humana.

El hombre, racional actúa en la *polis* (ciudad-estado) y las acciones que realiza se juzgarán como buenas o malas. La ciudad es el gran espejo en el que se reflejarán las acciones de los hombres. Esa unidad es inescindible y es lo que distinguirá a los helenos de las otras civilizaciones que se habían desarrollado en la Antigüedad. El griego se sentía libre al actuar en su *polis* y acatar las leyes que la regían. La razón en el hombre y la razón en la ciudad estaban mancomunadas.

Para el filósofo, la ética y la política deben leerse como dos partes de una sola idea de libertad.

3.- *Ética y política. La moralidad y la ley*

El hombre, naturalmente dotado de razón tiende, por el ejercicio de la misma, a su perfección, a la virtud. Debemos tener presente que lo que llamamos virtud (y al hombre que la ejerce, virtuoso) es, en el mundo helénico, expresado a través de la palabra *areté*, cuyo significado es perfección, excelencia. Por lo que, cuanto más ejerce la razón y se dedica a su pensar, más virtuoso será el hombre, es decir, más perfección alcanzará en su vida. Pero esta es una tarea difícil en la vida cotidiana y parece pertenecer más a los dioses. Los hombres, por su naturaleza y por poseer distintas almas están sujetos a la tiranía de las pasiones y necesidades de la vida material. Entonces ¿cómo debe ser la actitud del hombre ante los problemas que le plantea la vida?

El hombre griego se entiende a sí mismo, dijimos, como libre, y ser libre es no depender de nadie, más aún, él es un ciudadano libre, (los esclavos no son libres ni ciudadanos, obviamente, porque dependen del amo para su subsistencia, tampoco lo son las mujeres ya que dependen del marido). Aclarado este punto inquirimos nuevamente ¿cómo ejerce la libertad natural que posee en sí mismo el hombre y qué busca en la vida, cuál es el fin al que tiende? El filósofo nos contesta que el fin que busca es un fin en sí mismo, no un fin que se pueda convertir en medio, porque en la vida, el hombre busca muchas cosas. Su respuesta será que el único fin que los hombres han buscado siempre es la felicidad, La felicidad es el fin al que se aspira porque, a la pregunta de para qué la buscamos, la respuesta será siempre por sí misma. Los hombres la buscan para ser felices, aunque puedan diferir acerca de lo que entienden por felicidad.

¿Cómo logra el hombre la felicidad en la vida cotidiana? En ella el hombre realiza acciones y la mejor de ellas es la que tiende a la virtud moral, a la perfección humana.

La virtud en la acción está en encontrar el término medio de las mismas, es por ejemplo, ser valiente, no temerario ni cobarde. A esa idea aristotélica se la ha traducido como virtud del término medio. Es conocida la expresión. Mas intentemos adentrarnos en este concepto y mostrar lo que los helenos llamaban virtud -concepto esencialmente distinto a lo que los cristianos entenderían después-. Cuando define la acción nos dice que es un hábito de elección - que encierra la idea de libertad de elegir y pone de relieve el concepto de hábito, es decir, de una acción que se repite continuamente-. Como la acción responde al pensar, será el hábito no solo una acción mecánica, podríamos decir, sino una acción pensada y que, al repetirse, se convierte en no pensada. Así que, de algún modo, la acción depende del pensamiento. ¿Cuál es el nexa, cuál es la función del pensar que nos indica el justo medio de la acción, dónde se encuentra la guía, el eje de la acción? Necesitamos acudir a otra noción de la virtud que ya no está en el campo de las virtudes llamadas morales, sino en el de las virtudes intelectuales.

El filósofo distingue las virtudes morales y las intelectuales - o de la perfección moral y de la perfección intelectual- hay pues, dos perfecciones o excelencias, dos tipos de *aretai*. El término medio es vara solamente para las virtudes morales pero nos aclara que deben ser un hábito y que solo el ejercicio continuado de la acción lleva a acertar en la elección. La moralidad necesita un aprendizaje para hallar el punto justo de la elección entre un defecto y un exceso. Ese término medio no es un elemento fijo que sea válido para todos, tampoco algo fijado por otra persona, ni por una ley o código, sino que es lo que elige el hombre pero a través de una guía racional que no es sino la prudencia. Ahora bien, la prudencia es un elemento constitutivo de las virtudes intelectuales, de la razón humana.

Las virtudes intelectuales son cinco: 1º arte (en sentido griego, es decir), aquél que sabe hacer algo bien, 2º prudencia (*phrónesis*), “arte práctico verdadero, acompañado de razón sobre las cosas buenas y malas para el hombre”, 3º *episteme* o ciencia (conocimiento que se apoya en supuestos), 4º *nous* (estudio de los supuestos), y 5º *sophia*, es decir, filosofía, (conocimiento sinóptico, capacidad de reunir todo en uno].

(Desempolvar las capas de significaciones que los siglos han depositado sobre las palabras nos es indispensable, ya que ellas son nuestras guías. El lenguaje debe ayudarnos nuevamente porque hay palabras que pueden escribirse de la misma manera pero, por su mal uso o por su errónea concepción, indican cosas distintas, por eso aclaramos que la prudencia a la que alude Aristóteles debemos separarla de la noción negativa que luego adquiere esa palabra como hombre timorato).

La concepción aristotélica de moral se dirige, indudablemente, al hombre individual que, por sus acciones, determinará si es o no un ciudadano digno.

Dicha concepción está expuesta en dos textos de contenido ético: la *Ética Nicomaquea* y la *Ética Eudemia*. Es en la primera en la que nos da las definiciones antedichas y es en la misma en la que va a designar a la justicia como la virtud moral más alta.

Después de examinar distintas conductas, el filósofo analiza lo que llama la virtud perfecta: la justicia, y dice [...] “en la justicia está toda virtud en compendio” [...]” porque es el ejercicio de la virtud perfecta, y es perfecta porque el que la posee puede practicar la virtud con relación a otro”.⁴

Mientras en las demás virtudes morales se trata de un ejercicio de la razón en relación al que la posee -en relación al hombre que es un sí mismo-, en la justicia aparece la relación del hombre con la *polis*, cuando destaca la acción de la justicia “en relación al otro”. Ahí enhebra hombre y comunidad, moral individual y moral colectiva, ética y política.

Y añade [...] “por eso merece aprobación el dicho de Bías 5, de que “el poder mostrará al hombre” puesto que el gobernante está precisamente en la comunidad y para otro”, y concluye esa sentencia al decir [...] “La virtud y la justicia son lo mismo en su existir, pero en su esencia lógica no son lo mismo. Sino que, en cuanto es para otro, es justicia, y en cuanto es tal hábito en absoluto, es virtud.” ⁶

Virtud y justicia son lo mismo en su existir, nos dice, pero de qué justicia nos está hablando el pensador. La misma palabra traduce distintas ideas que, de ella, aparecen en el horizonte helénico antiguo del cual Aristóteles toma las ideas, como sintetizador del pensamiento griego que es, y las engarza en su pensar. ¿A qué tipo de justicia alude?

(En la definición de la justicia como la virtud perfecta en tanto significa el abrirse al otro da Aristóteles un paso muy importante para la cultura occidental porque se aleja de la individualidad humana y pasa, a través de esa virtud, a incursionar en la ciudad ya que la justicia necesita, para que se designe al hombre como justo y ponerse en acto, de alguien sobre el cual recaiga el acto que llamamos justo. Esa integridad del hombre a la *polis*, inescindible en la concepción helénica, es obra del filósofo y es la que perdura hasta la actualidad, ya que, a partir de ella se delinearán la figura de quien hace al acto justo, el juez, y de los instrumentos de los cuales se vale, las leyes. De esta manera están unidos lo justo y la ciudad y de eso trata la política).

Por eso, antes de terminar de delinear al pensamiento de nuestro pensador necesitamos acudir a las concepciones primeras de la justicia que, personificadas en los dioses, habita el ideario de la antigua Grecia. Tres son las personificaciones de esta idea, tres son las diosas: Temis, Astrea y Diké. La primera alude a “lo respetable desde siempre,” a las costumbres heredadas y conservadas por los siglos, a las leyes ágrafas, leyes sagradas no escritas pero de acatamiento obligatorio. Astrea nos remite a Hesíodo, quien en **Los trabajos y los días**, nos habla de las distintas edades en las

que ha transcurrido la vida de la humanidad: la Edad de Oro, la de Plata y la de Bronce. Astrea es hija de Zeus, el dios de los dioses y de Temis y vivía entre los hombres en la Edad de Oro, edad mítica y siempre anhelada en la que el hombre no necesitaba nada porque todo estaba dado para sus necesidades; en la Edad de Plata, la diosa se va a alejar de los hombres ante la degeneración de las costumbres en que habían caído y ya no se comportaban como tales; por lo que decide dejarlos sin su amparo y refugiarse en los montes, y, la Edad de Bronce es la que adviene cuando la diosa comprende que ya no tiene nada que hacer entre ellos, ya no reina en la sociedad, se aleja decididamente de la Tierra y “observa” los sucesos desde el firmamento (convirtiéndose en lo que hoy conocemos como la constelación de Virgo). La tercera de las diosas que personifica la justicia es Diké, quien era también hija de Zeus y de Temis y tiene una figura mucho más severa que la de su madre pues es la justicia legal y reinaba junto a sus hermanas Irene (Paz) y Eunomía (el buen orden); es a ella a la que se refiere Aristóteles pues es su nombre el que usa como palabra al hablar de la justicia (una así la ley no escrita a las que sí lo serán).

La justicia es pues, la que estará entre los hombres en sus ciudades- estados y, así podemos afirmar que la justicia es el “alma” de la política.

(Recordemos que, para que la justicia se realice tendremos que preguntar, primero, por el concepto de justicia. A la pregunta qué es la justicia ya había respondido Platón, en el diálogo *República* diciendo con frase que es frecuentemente repetida “La justicia consiste en dar (devolver) a cada uno lo suyo”⁷. Sin embargo, no se la analiza, como sí lo hace Platón en su diálogo “qué es lo suyo de cada uno”, ni tampoco se analizan los errores en que podría caer el hombre al confundir al amigo y al enemigo, si es que quiere hacer el bien al amigo y el mal al enemigo” y si eso puede considerarse, o no, un bien).

El gran aporte aristotélico a la comprensión de la justicia es el paso de la virtud y la acción individual a la actitud hacia el “otro” ya que la suma de “los otros” formará las comunidades. Así, con la mirada puesta en lo distinto a uno es que se podrá practicar la justicia. Aristóteles tratará de establecer distintos tipos de justicias “para dar a cada uno lo suyo”. Y quién la da y cómo.

El filósofo no hace, en su definición de justicia sino acudir a sus propias raíces, a lo que los antiguos poetas habían dicho, tal vez a Simónides, cuando el poeta canta [...] “Quien no es bueno ni malo en exceso/ y conoce la justicia que ayuda a la ciudad:/es un hombre sano: yo no he de reprocharle/ pues la generación de los inútiles es inmensa / Bellas son todas las cosas no mezcladas de vileza”⁸

El filósofo define la justicia como la virtud perfecta pero no absolutamente sino en relación al otro... y la describe semejante a la luz que debe irradiar su ejercicio pues nos dice que [...] “ni la estrella de la tarde ni el lucero del alba son tan maravillosos”⁹.

Siguiendo el hilo de nuestro análisis hemos llegado a la definición de la justicia y sabemos su relación con la ciudad.

No nos detendremos en los distintos tipos de justicia en los que se divide la noción aristotélica. Solamente destacamos las distintas acepciones de la palabra en el universo conceptual heleno y las dificultades que se plantean en las interpretaciones que se harán de ellas.

4.- *Una mirada al estoicismo*

Las escuelas post-aristotélicas que se forman a la muerte del maestro nos traerán una novedad conceptual, especialmente la Stoa.

Diversas escuelas van a hacer su entrada en el pensamiento romano: el eclecticismo, el escepticismo, y las dos más importantes que serán: el epicureísmo, al cual adherirán muchos hombres de la época en la Magna Grecia y el estoicismo, que es, sin duda, la que más huellas deja en el pensamiento occidental. Adhieren a su pensar hombres de todas las clases sociales. En Roma son estoicos el intelectual Séneca (3-6), el liberto Epicteto (50-125) y el emperador Marco Aurelio (121-180).

El pensamiento estoico surge con la figura del sabio, concepto aristotélico, sin duda y que va a reunir en sí no sólo el conocimiento verdadero, el saber, sino también el justo obrar, tal como había enseñado el maestro. A esa noción se le añadirán dos conceptos fundamentales para el pensar que seguirán presentes hasta nuestros días: el primero es la división entre los hombres sabios y los ignorantes. El hombre sabio realiza acciones sabias y prudentes, acciones justas, y el justo siempre es virtuoso; los ignorantes conforman el polo opuesto ya que llevan en sí la maldad y no son susceptibles de ningún tipo de rescate. En el medio de los dos extremos está una gran masa de hombres que no son ni lo uno ni lo otro.

El hombre sabio llega a la felicidad pues el saber se dirige hacia el bien. Ése es el eje de la ética intelectualista griega. Pero, si eso es así, qué papel ocupa en la sociedad la inmensa franja de hombres que no son ni lo uno ni lo otro. Ellos no son ni totalmente sabios ni totalmente ignorantes, a ellos la doctrina estoica les proporciona un lugar en la sociedad al sostener que son “recuperables”, puesto que poseen la razón pero se han dejado dominar por las pasiones que han dirigido sus acciones, serán pues, “culpables” de las mismas, mas serán “recuperables” a través de la educación. Es otro aporte estoico: la virtud es enseñable y les permitirá a los hombres elevarse hacia el bien.

El sabio estoico es, además, de virtuoso en sí mismo, autosuficiente y busca la “apatía” que no es sino el no someterse al influjo que las pasiones puedan ejercer sobre él, busca desprenderse de los bienes innecesarios todo lo posible y, así, tratar de encontrar la independencia frente al mundo; sabe que su vida se desarrolla en circunstancias histórico-político-sociales en las que se halla inmerso, pero no deja que

ellas mellen su entereza. No significa esto que no conozca las pasiones ni menos que las niegue, ni que ignore los instintos naturales, sino solamente que no se debe dejar guiar por ellos. El estoico obra, con su razón, de acuerdo con la legalidad de la naturaleza, concuerda su voluntad con la ley del mundo. No puede sentirse contento con una perfección relativa sino que tiene que tratar de que sus acciones emanen de la “buena voluntad” que es buena por sí misma. 10 La buena voluntad no es sino la intención de la acción. Las pasiones son la manifestación de una errónea valoración que se ha hecho de las cosas, pues toda acción depende de la idea que el hombre tiene de las mismas. A mayor saber, mejor acción. La felicidad sólo podrá lograrla el hombre que viva y obre de esa manera. La sabiduría perfecta lleva a una felicidad sin fisuras a la que el estoico llamará *eudaimonía*.

Es la felicidad que el hombre puede y debe lograr con su conducta, sólo ella depende de sí mismo. No sucede lo mismo con los acontecimientos exteriores, la marcha del mundo es ajena a su voluntad.

El hombre sabio – ideal regulativo-, guía sus acciones por la razón que está en su naturaleza, obedece a lo mejor de sí, obedece a la “ley del mundo”. Obedecer a la ley del mundo es el principio de la ética estoica. Mientras el mundo, en su suceder, se rige por la ley determinista, ya que sigue sus fijas leyes, el hombre tiene, en su voluntad libre, el eje de su vida. El hombre que se basta a sí mismo halla, en su voluntad libre, la opción de obedecer a la razón y, en cuanto lo hace, obedece a la “ley del mundo” y, de algún modo, a la divinidad. La idea adquiere por ello un matiz religioso al ser entendida como Providencia y, también, como Destino.

El hombre sabio obra rectamente, sus acciones son justas y el ignorante realiza acciones sin referencia a los fines de la acción, obra según los medios que busca, por eso es “culpable”, comete “pecados”, sus acciones son moralmente reprobables. El hecho que se juzga moralmente es la desviación moral, no el *quantum* de la desviación, por el solo hecho de apartarse de la ley moral es el hombre culpable por la acción cometida.

Además, no es sino a los estoicos a los que les debemos otro aporte tan caro a la cultura occidental cual es sostener la comunidad de los hombres racionales, que es la unión de los hombres, que son iguales naturalmente por su razón, a los demás hombres que pueblan el mundo. Así el hombre amplía sus fronteras, ya no es un ciudadano de la *polis*, sino un ciudadano universal. Es cosmopolita. Esa idea confiere a todos los hombres la misma dignidad y los integra como comunidad supranacional.

Mientras estas teorías se iban desarrollando, Roma ya había iniciado el lento camino hacia su desintegración. La multitud de ideas contrapuestas que se sucedían, la diversidad de los territorios que se integraban a la ciudad eterna, las rivalidades que

despertaban en los territorios dominados por sus ejércitos, la confusión de los lenguajes, la corrupción en las costumbres, la subversión de los valores eran indicadores del avance del Imperio hacia su desaparición, de la cual la invasión de los bárbaros es solamente un dato histórico que sella su ocaso en el 476.

Una larga agonía sostenía aún a Grecia que se había conservado, en cuanto a su cultura, como faro de ideas y era el lugar al que acudían los espíritus inquietos de Roma que decidían perfeccionarse (Cicerón, 166-43 es un ejemplo de ello). Pero no existía ya un pensar original y las escuelas menores solamente difundían las teorías. Las nociones se desdibujaban y la filosofía, entendida como “filosofía de vida”, era la que ilustraba acerca de lo bueno y lo malo en la vida, lo justo y lo injusto. La filosofía, así entendida, se va a alimentar de las nociones éticas ya desarrolladas por la Ilustración griega. La antigua Grecia, debilitada también por las continuas invasiones, no pudo sostenerse, como si todo se hubiera ya agotado. Las llamadas escuelas paganas son cerradas con prohibición de difundir sus enseñanzas por el edicto de Justiniano en el 529.

El delicado panorama cultural había completado su confusión cuando, siglos antes, había entrado el cristianismo en Roma. Occidente había recibido, en sus entrañas, un cuño oriental: la religión monoteísta. La religión cristiana, al sostener la idea de un solo Dios, redentor de los hombres, a los que premiará con la vida eterna, da un matiz distinto a la cultura.

En el aspecto moral ya la doctrina no acudirá a la razón para guiar la conducta del hombre, sino al cumplimiento de los Mandamientos enviados por Dios. Doctrina que muestra el camino señalado por Dios para que el hombre desarrolle su vida en el mundo y le indica la senda correcta: obedecer a lo establecido por las Tablas de la Ley para, así, lograr su propia salvación. No quedará sino seguir la ruta trazada por la obediencia a los mismos para poder llegar al fin prometido. El recto obrar dependerá del cumplimiento de la ley divina.

La larga lucha librada entre los cristianos y los estoicos, violenta de espíritu y de cuerpo, señala históricamente un vencedor, el cristianismo, que marcará la cultura de occidente que se llamará, desde entonces, cultura occidental y cristiana.

5.- Bizancio y su legado cultural a España

Recordemos que los sabios de la Hélade, a causa de las continuas invasiones a sus tierras y la imposibilidad de difundir sus teorías, emigran llevando consigo no solamente sus saberes, sino el tesoro invaluable de los textos griegos de los filósofos. Cruzando el Bósforo llegan a Bizancio, desde donde difunden las doctrinas filosóficas entre los hombres cultos de la región quienes desarrollarán, con los siglos, interpretaciones diversas de lo aprendido, uniendo, de este modo, la cultura griega

con el Islam. Las distintas culturas abrirán sus vasos comunicantes, fusionándose y, al mismo tiempo, diferenciándose. De esta manera, la comprensión de lo pensado pasa un filtro cultural y da nacimiento a las distintas interpretaciones de los textos mencionados que fueron hechas por Avicena (980-1037) y por Averroes (1126-1198), que le darán un matiz propio a diversos conceptos, entre ellos, a la noción de Dios. Bagdad se convierte en un centro cultural y se realizan las traducciones de Aristóteles a la lengua siria.

La historia nos muestra que, luego de siglos de permanencia en sus tierras, los árabes comienzan una larga travesía que los lleva a recorrer el norte de África - donde, según cuentan las leyendas, el califa Omar manda incendiar la famosa biblioteca de Alejandría en el año 641 -, (que, por otra parte, ya había sido incendiada por los soldados de César en la época de los Ptolomeos). Las incursiones árabes llegan, en su largo periplo, hasta un estrecho que da paso hacia otras tierras, estrecho que hoy conocemos con el nombre de Gibraltar (nombre que los siglos han deformado y que recuerda al primer hombre que pisa ese extraño suelo, al primer árabe que entra a Europa que se llamó Tarik ibn Zijad). 11

A los árabes les debe España y Europa en su totalidad, el haber conservado los textos de los filósofos, los de medicina y los de matemáticas, entre otros muchos de la cultura griega y el haberlos traducido y estudiado, añadiendo los estudios que ellos mismos había producido y que constituían su propio acervo.

6.- La cultura y los valores en las “dos Europas”

Retrocedamos unos pasos en la historia para encontrar, nuevamente, el hilo que ligará la trama en la búsqueda de las nociones claves de las épocas.

Podemos preguntar, pues, por el significado que tiene, para Europa, la llegada de la cultura bizantina y responder que ese el momento, en que se delinean dos Europas: la feudal que es la que, asimilando los restos de la cultura griega con los pocos elementos que quedaban de ella, intenta construir o reconstruir una cultura cristiana.

La fecha de la caída del Imperio romano es solamente una fecha que marca el ocaso de las costumbres y las ideas. Nos sirve como indicador pero el Imperio creado agonizaba hacía largo tiempo. Sin ideas nuevas –sin las cuales ninguna construcción cultural es posible-, con una desintegración interna que se profundizaba cada vez más, el lento deterioro cultural provoca la propia e interna destrucción.

¿Qué quedaba en Europa de la esplendorosa cultura helénica? Ninguna idea original, nueva, solamente las discusiones para tratar de aclarar los problemas suscitados en los conceptos religiosos cristianos de un Dios creador, los problemas de la gracia, la fe, el reino de Dios y el de los hombres, la noción del hijo de Dios, Jesús, como hombre y

como Dios ocupan los años de la Patrística y, luego de la Escolástica. Intentarán contestar las preguntas acerca de la libertad del hombre o la destinación de su vida por un Dios omnisciente y saber qué es el bien y su diferencia con el mal. Se preguntarán cuáles son las acciones buenas del hombre en su recorrida por un mundo lleno de pecados. ¿Es el mal “creado o permitido” por Dios? ¿Nace el hombre con el pecado como una culpa heredada o no?

En estos temas, entre otros, se centrarán las discusiones entre la razón y la fe que signarán estos períodos de una Europa pobre e inculta que se preguntará: cuál de ellas es superior. En el afán de resolver estos problemas teológicos y humanos se van sucediendo las distintas orientaciones filosóficas que intentarán dar respuestas.

Existían, en ese entonces, las escuelas eclesiales que se reservaban el derecho de la enseñanza a través de la propia formación de sus clérigos y de las personas que aspiraban a una mejor formación cultural a través de la “*venia docendi*” (el permiso para enseñar]. ¿Dónde está la verdad? podría ser la pregunta de esos siglos. Orígenes y los Padres de la Iglesia establecen las nociones rectoras de las enseñanzas e interpretaciones del dogma cristiano. Las teorías agustinas y las tomistas que penetran luego en las órdenes que se forman en la Edad Media rigen sus respuestas conceptuales según sus maestros. Frente a esta multitud de conceptos y del dominio cultural ejercido por el poder terrenal de la Iglesia, ella se va afirmando y cuestionando al poder civil provocando luchas internas y externas y dividiendo a los hombres y la cultura.

La Iglesia armará un ideario conceptual que buscará dar respuesta a los problemas y estructurará su enseñanza en tres elementos aristotélicos: la lógica, la física y la ética.¹² Esa concepción durará siglos a través de los cuales se va desgastando su poder de respuesta a los problemas que plantearán los tiempos siguientes, pero que, al mismo tiempo, le dará una gran fuerza expansiva al poder eclesial que reinará en medio de la barbarie y la incultura que se habían instalado.¹³

La segunda Europa va amaneciendo con la irrupción de la cultura arábica en España. Soplan nuevos aires con el descubrimiento de textos traídos por los sabios sirios que acompañaban a los guerreros, se abren nuevas puertas y se introduce el estudio de las matemáticas y las ciencias en Europa.

España también está, de algún modo, dividida en dos, una es la que se asienta en el califato de Córdoba: el sur moro (que le da su aire propio con las construcciones que erige, sus cantos y bailes y, también, sus rasgos fisonómicos), ella será la primera beneficiada, porque sus centros de estudios se abren a las nuevas propuestas y se van instalando en otras ciudades como Granada, Toledo y Salamanca. El sur de España, no toda ella, se convierte en el centro de irradiación cultural, deslumbrando a la “otra” parte de España, la que formaba parte de la “otra” Europa que vivía bajo el imperio de la Iglesia, sumida en la ignorancia. ¹³

(No podemos incursionar en los pormenores de estos cambios, pero sí señalar el hecho de la novedad acaecida en el campo de las ideas).

Cerrada a estos cambios, los centros de estudio que España creará en las colonias en el siglo XVIII, tendrán ese sello de origen. Las universidades españolas parecen agotar el impulso renovador que le habían dado los árabes y vuelven a la escolástica anterior medieval. Cerradas a los impulsos de la modernidad que abrían en Europa un nuevo curso cultural con la figura de Descartes (1596-1650) y sus nociones que dividían en dos al hombre que, desde ese momento, se transforma en un ser formado por un cuerpo “*res extensa*” (que sigue las leyes mecánicas, deterministas) y un pensar “*res cogitans*” (razón) que le da a todos los hombres el poder acceder a la verdad por el solo ejercicio de su propia razón y les recomienda como necesario, para llegar al conocimiento verdadero, comenzar por dudar de lo aprendido. La duda como método. Tesis que no concuerdan con las doctrinas de los Padres de la Iglesia, ni con la idea de Dios creador, ni con la mayoría de las ideas sostenidas por la Iglesia. Por lo que habría que replantear los problemas de Dios, el alma, la verdad, los valores de justicia y libertad y su incidencia en la conducta humana, es decir, comenzar de nuevo.

Con este salto de siglos que nos vimos forzados a hacer para poder encontrar el hilo cultural que une el pensamiento europeo con el que se desarrollará en nuestras tierras podemos deslindar la España del siglo XVIII de las nuevas ideas que, en la “otra Europa”, se desarrollaban con celeridad.

Esas nuevas ideas no eran sino las de libertad y progreso de la humanidad.

7.-El Iluminismo griego y el siglo XVIII. Las ideas de progreso y libertad

El Iluminismo griego dotó a nuestra cultura los conceptos inamovibles del hombre como ser racional y social y el de ser superior a los demás seres naturales por el hecho de poseer la razón. Ella es la que le permite discernir, conocer, valorar y obrar en consecuencia, y desarrollar su vida en una sociedad a la que la razón da sus leyes. (Recordemos que, a esa noción helénica, se unirá, luego, la noción estoica de “comunidad racional de hombres” o de humanidad, al sostener que todos los hombres son iguales por la razón que poseen).

Solo sosteniendo que todo debe ser examinado a la luz de la razón es que el iluminismo europeo del siglo XVIII cuestionará y tratará de responder si es posible el progreso de la humanidad ¿Por qué? Porque los hombres, en verdad, se sienten, en general, disconformes con las épocas en que les toca vivir y se preguntan si es posible mejorarlas. La pregunta apunta a un elemento temporal porque, si el progreso es posible, se dará hacia un tiempo futuro que, por serlo, no se sabe cómo será. Esta noción de un camino hacia el futuro es nueva en la cultura porque, si bien los hombres de épocas anteriores también se habían sentido insatisfechos con sus propias épocas y

habían procurado su perfeccionamiento, siempre habían dirigido su mirada hacia el pasado, hacia esa mítica Edad de Oro de la que habían hablado los antiguos helenos, por lo que, para mejorar, había que copiar el pasado, había que repetir el modelo ya dado. Mas la noción de progreso abre las puertas a un futuro desconocido ¿cómo hacer, entonces, cómo progresar, cómo debe ser el hombre del futuro? Solamente se logrará este fin, piensan los hombres del siglo XVIII, por medio de la educación, pues sostienen que, una generación educará a la siguiente con todos los conocimientos a su alcance y así producirá hombres más educados y mejores en un trabajo constante de superación. La Enciclopedia como método de enseñanza hace su aparición a través de los pensadores franceses D'Alembert y Diderot. Al progreso personal le seguirá el progreso social que, con la ayuda de las máquinas recién inventadas, aliviará el trabajo del hombre el que, en su tiempo ya liberado por ellas, se perfeccionará y llegará a la felicidad anhelada.

La época, deslumbrada con la potencia racional del hombre y la concepción del mundo que el siglo XVII había elaborado, - la que pretendía penetrar en los secretos de la naturaleza solamente descubriendo las leyes matemáticas que lo regían ya que “el universo está escrito en caracteres geométrico-algebraicos”, había dicho Galileo-, emprende el camino de superación. Embelesada con los avances y descubrimientos que la época le proporcionaba, elabora y sostiene un optimismo universal, confiando en que el hombre nuevo se perfeccionará en la medida en que pueda abrir sus puertas a los descubrimientos que la nueva ciencia le muestra. Es el concepto nuevo de ciencia que se abre paso para diseñar un mundo distinto de ideas, valores y preferencias educativas. Llegar al conocimiento científico, formar los “nuevos sabios” será el eje del perfeccionamiento que se logrará a través de la educación. Siendo libre en su pensar el hombre de ese siglo anhelará ser libre en todo su accionar, ser dueño de sus acciones y responsable por sus conductas. Sólo la educación lo transformará en un hombre libre. El hombre y la sociedad en la que está inserto muestran la faz que ostenta la modernidad.

Nuestro bagaje intelectual se ha ido ampliando, no solamente hemos incorporado la noción de hombre como ser racional sino también como virtuoso, añadimos también a la justicia como virtud principal en las acciones humanas y como la que debe regir las conductas de los hombres en la sociedad, la que debe ser regida por leyes racionales que serán la manifestación de la justicia que reine en las acciones del gobierno. Señalamos que estas nociones originarias de Grecia clásica han sido desarrolladas por la escuela estoica a la que le debemos la noción de humanidad racional. Hemos destacado la introducción del cristianismo como la principal idea religiosa. Estas concepciones son las que conforman el bagaje cultural del Occidente cristiano. A ellas añadimos las nociones de progreso y libertad propias del siglo XVIII.

Veremos de qué manera influyen en la educación colonial.

8.-La educación en las colonias. Sus ideas

La vida en las colonias del Virreinato del Río de la Plata, se desarrollaba cansinamente, calma que no contentaba a ciertos espíritus inquietos y críticos que celebran la llegada de la Compañía de Jesús a estas tierras y la fundación de la Universidad de Córdoba ya mencionada (siglo XVII).

Ajena a las nuevas ideas del siglo XVIII, europeo, las colonias serán regidas por la educación que se dará en los claustros en los cuales sigue reinando la escolástica, ya cansada y anquilosada, que arrastraba su problema de origen: la adscripción al pensar aristotélico de la idea de un Dios creador que era una simbiosis, al parecer, irreconciliable.

Sin embargo, ellas serán las ideas que, insertas en las honduras de la cultura occidental, se manifestarán en los centros de estudios académicos en los que la enseñanza tendrá un matiz confesional y, al mismo tiempo, cultural griego (rasgo que conservarán durante largo tiempo, aunque luego de la expulsión de los jesuitas en 1767, la universidad cordobesa quedara bajo la órbita de los franciscanos, que llevarán a otro pensador griego, Platón, en las entrañas de sus concepciones dogmáticas). La orden jesuita que regenteaba la enseñanza se atenía a los documentos que la regían: el primero pertenece a la XV Congregación general y está fechado en Roma en el año 1706, y es el que nos dice que se [...] “presentan una lista de proposiciones de origen cartesiano que se juzgan reprobables”. 14. El segundo es de la Congregación General, también fechado en Roma en el año 1730 y dice que [...] “Habiendo adoptado la Compañía la filosofía de Aristóteles como más útil para la teología, debemos atenernos a ella, según lo prescrito en las constituciones y en las ordenanzas sobre estudios” 15.. Los profesores jesuitas del siglo XVIII no se apartan, en general, del canon.

Como en nuestro examen debemos bucear para sacar a la luz las ideas, iremos mencionando ciertos hitos que nos guiarán, pues son los que se sostuvieron en esos claustros.

A) La lucha contra Descartes - y el pensamiento científico que se abre a partir de él junto a la concepción de la ciencia en la modernidad, que cambian la imagen del mundo heredada y elevan al científico como el hombre sabio- fue una constante en esa enseñanza y continuará durante siglos.¹⁶ B) Aunque podemos encontrar ciertos destellos de modernidad en varios clérigos: a) Chorroarín quien enseña en Buenos Aires en el Colegio de San Carlos, fundado en 1773, cuando dice que [...]“se define el conocimiento cierto adquirido por la causa, o por la demostración”(es decir por Aristóteles o por Descartes) 17; c)[...]” este principio de Descartes, pienso luego existo

no es el primer principio...sino a lo sumo la primera verdad que por el orden natural ocurre al hombre” 18.

C) El Colegio de San Carlos o Colegio carolingio es el primero en dictar un Curso de Filosofía moral. En las *Lecciones de ética* de Medrano se lee [...] “la utilidad del método cartesiano”.19. También se pronuncia sobre las formas de gobierno [...] y dice. [...]” El régimen o reino monárquico es preferido al aristocrático y al democrático y por más tanto ventajoso para la utilidad pública”. 20

D) El primer texto de un curso que nos ha llegado sobre temas morales no registra el nombre del autor pero, al parecer proviene de la enseñanza franciscana en Córdoba. Y en él se sostiene que [...] “el sentido íntimo atestigua que existe en nosotros la libertad de hacer o no hacer, pues cada uno tiene la conciencia de que puede o no hacer ciertas cosas”[...], la conciencia moral es el juicio íntimo del alma que decide de la bondad o la maldad del acto” [...]” El derecho natural, en efecto, es completamente inmutable; todo lo que manda es bueno, y malo todo lo que prohíbe .Además, la ley natural es ingénita en todas las almas”.21

E) Juan Baltasar Maciel, quien fue el primer Canciller del Colegio San Carlos sostiene, en su programa de estudios que “Dos cátedras son necesarias de filosofía [...]” [No tendrán obligación de seguir sistema alguno determinado, especialmente en Física, en que se podrán apartar de Aristóteles y enseñar según los principios de Cartesio” 22. Y el Deán Funes que escribe [...] “No extraño los reparos del señor Censor; ellos son una consecuencia del yugo que las letras han acabado de sacudir entre nosotros. Cuando llegará a convencerse bien esta nación que las ciencias no prosperan sino con la libertad de pensar”“.23

Estas menciones nos dan una aproximación a la orientación que tenían los temas que se trataban tanto en las enseñanzas académicas cuanto en los grupos de discusión que se habían comenzado a formar en esos tiempos que, unidos a la lectura de los libros que llegaban a estos parajes, comenzaron a formar la conciencia de Mayo.

Pero... ¿en qué ha quedado nuestra pregunta inicial, la pregunta por la idea de hombre que subyace en todo programa educativo? Veamos: la idea aristotélica permaneció tenazmente, implícita o explícitamente, en todo el tiempo transcurrido porque, si bien en la Europa del siglo XVIII comienza a desgajarse el sistema como tal, la idea permanece incólume: el hombre es un ser natural poseedor de razón y la vida humana se desarrolla en una sociedad de leyes racionales.

Las colonias, de este modo, se incorporaron al legado occidental y formaron su espíritu. Pero, además, añadieron el concepto- tomado del estoicismo- que amplía la noción de hombre a la de humanidad y la de pensar la libertad para todos los hombres, no solo para algunos.

Los textos de esa época dan cuenta de esos elementos fundacionales en nuestra idea de nación, ya que, cuando se habla de libertad se la entiende como libertad para todos, y así, el estoicismo pone su piedra basal. Por eso puede sostenerse que esa base de ideas, subterráneas o explícitas, dieron comienzo a nuestra manera de pensar y a nuestra integración al mundo cultural de Occidente.

Mas ¿qué sucede cuando pensamos la idea de libertad, de qué tipo de libertad hablaban en esa época? La libertad establecida por Aristóteles alude a la libertad personal, social y política. Los hombres de Mayo reclaman la libertad política; no se discute la *polis* sino las leyes que deben regirla y quiénes las deben dictar. ¿Cómo asimilar y aplicar las ideas de progreso si no existen leyes justas? ¿Cómo hacer de la colonia una comunidad regida por la idea de libertad, con leyes propias que hagan la vida más justa? Eso significaba acudir a las ideas de progreso y libertad que el siglo XVIII desplegaba en Europa.

Se unieron dos mundos de ideas para, después, ponerlas en acción. Uno, el de la escolástica, con sus reelaboraciones del sistema aristotélico y el aporte del estoicismo (a través del neoplatonismo agustiniano), el otro, el de las ideas del siglo XVIII y sus concepciones del progreso de la humanidad y la libertad de pensar. Ambos están presentes en el espíritu de Mayo. Pero no se advierten signos fuertes del pensamiento moderno, sino [...] “la ausencia de una verdadera conciencia de la novedad epistemológica de la ciencia moderna” 24. Con esa carencia, como se pudo, se integraron los dos mundos del pensar. Desacompañadamente se amalgamaron el pensar heredado de la “antigua” España,, la de la escolástica, con el nuevo pensar de la “otra” Europa, la Europa de la Ilustración moderna.

Las influencia de las ideas de libertad en los tiempos de Manuel Belgrano

Los tiempos estaban maduros para que la colonia dormida despertara. Muestra de ello es que, desde el conocimiento del derrocamiento de Fernando VII por obra de Napoleón- noticia que se conoce el 13 de mayo de 1810- hasta nuestro 25 de mayo transcurren apenas pocos días, luego de los cuales se declaran: la libertad de imprenta (la abolición de la censura); la libertad de permanecer y transitar por el territorio; los derechos y garantías que pertenecen al hombre libre; se sostienen los principios de libertad y democracia; la publicidad de los actos de gobierno. Luego, la prohibición a la entrada de esclavos al país y, tiempo después, la libertad de vientres. Casi sin discusiones- tan aferradas a la conciencia y “naturales” parecían estas ideas - que parecía obvio que no se necesitara discusión alguna sobre los temas.

La cultura había hecho su obra, pues ella consiste en que parezca “natural” lo que ha sido objeto de hondas meditaciones y largas luchas personales y sociales durante siglos. Después de ello, todo se considera como “evidente” de por sí.

En cuanto a nuestro general Belgrano resultaría redundante insistir sobre sus cualidades que han sido ya largamente resaltadas. Su comunión con esas ideas antedichas, su amor al país y su probidad son conocidas.

.Mas permítasenos señalar, finalmente, los rasgos estoicos.

La figura de nuestro prócer revela la influencia de las ideas de dicha doctrina que fueron incorporadas, quizás sin percatarse de ello, a través del cristianismo que se sostenía en la sociedad y también en las escuelas de la época, - pues dicho pensar había edificado la fe cristiana que se profesaba en la sociedad, a través de los elementos neoplatónicos a los que los estoicos que le habían dado su fortaleza conceptual.-. Unido ello a sus lecturas extraacadémicas, a su unión a los grupos de discusión que comenzaban a formarse en su tierra natal y a los que se unió en su viaje a Europa y a sus estudios en esos lares, esas ideas alimentaron su espíritu. El progreso, la libertad de elegir gobierno y la educación, enriquecieron sus ideas y le permitieron sostener, ante todo, el valor de la justicia como imprescindible en la formación del hombre. Quizá sin conocerlos en detalle, estaba formulando las ideas rectoras del pensar occidental al que pertenecía.

Señalamos ciertos rasgos de su vida a los que solamente un temple formado bajo la influencia de las ideas estoicas, pudo sobrellevar: a) el pasar de la comodidad de su vida inicial en el hogar paterno a la pobreza en sus años altos; b) la dicotomía que se plantea entre su profesión de abogado y su inclinación hacia la economía política con su vida militar; c) el dolor sufrido en las luchas entre la lealtad de algunos y la traición de otros; d) el paso de las victorias deslumbrantes a las derrota humillantes; e) la honda contradicción entre la fama merecida y el olvido que sufre al final de su vida; f) los amores en su vida personal, siempre signados por la desventura, pues en uno llega tarde para cumplir con su deber y el otro, lleno de peligros, fue siempre destinado al rechazo por la sociedad. ¡Tantas son las luchas libradas en su existencia, innumerables y de gran intensidad son las circunstancias adversas que tuvo que afrontar en su vida personal y social, demasiadas contradicciones puso la vida en su camino! Sin embargo, su carácter tuvo siempre la dignidad que las circunstancias requirieron. Sin duda, las ideas estoicas estaban bajo la construcción de ese temple y le dieron la fortaleza necesaria para conservar la calma ante tantas tormentas.

También estuvieron esas ideas en San Martín. El general da muestras certeras de su espíritu decididamente estoico al redactar las cartas a su hija Mercedes- que son sino un manual de estoicismo en la formulación de los valores con los cuales debía actuar y regir su vida-. El espíritu estoico estaba hablando, el espíritu de un soldado con el que se edifica un ejército - y que ha contribuido, también-, a la constitución del nuestro-.

Tal vez Manuel Belgrano se hubiera sorprendido por el nombre del dios pero, sin duda, se hubiese sentido identificado con los valores –los del espíritu de Occidente– que tenía Píndaro, y hubiese coincidido en la exhortación divina que el poeta eleva: [...] “Efímeros. ¿Qué se es? ¿Qué no se es?/ El hombre es el sueño de una sombra. / Mas cuando llega la luminosidad de Zeus/ se cierne sobre los hombres un brillante resplandor/ y dulce como la miel es su vida”.²⁵

Confiemos en que, en estos tiempos oscuros, huérfanos de ideas, la luminosidad divina irradie sobre los senderos en los que se construye la patria.

Notas

Nuestra exposición es necesariamente fragmentaria dado que, en el espacio concedido, solamente podemos intentar construir, en grandes líneas, el desarrollo cultural de las ideas-valores de la cultura, señalar sus hitos fundamentales e indicar el arribo a nuestras tierras.

1.-El viaje espiritual que se hace a través de las palabras nos revela la pertenencia al mundo del cual surgimos. Cuando ese viaje es imposible es señal de que hemos dejado nuestro mundo y todo nos resultará ajeno.

2.-Hay diferencia entre la Universidad que nos lega España en el XVII y la universidad del siglo XVIII. Cfr. Leocata, Francisco, SDB, *Las ideas filosóficas en Argentina*, Buenos Aires, Centro Salesiano de estudios, 1992, t .I, cap. II.

3.-Recordemos que la noción griega de los dioses contiene elementos irracionales, por ej. la noción de las Erinnias- diosas vengadoras, o la idea de la culpa heredada- los hijos heredan las culpas de los padres y la familia debe purgar el hecho malo cometido.

4.- Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, .V, 1129 b 25.

5- Bías de Priene, uno de siete sabios de Grecia.

6.-Aristóteles, *Ética Nicomaquea*. V, 1130 a 10/15.

7.-Platón, *República*, I, 331 d.

8.-Simónides (556-477 A.C.) “Oídme, Moiras [...] Hijas de hermosos brazos de la Noche/,[...] Enviadme a la Legalidad de regazo de rosa/ y a sus hermanas de relucientes tronos/ la Justicia y la Paz [...] y haced que esta ciudad se olvide/de los

infortunios que agobian su corazón” frag .*Chor zdespor*,544,52 E. , cit. en Bowra, C .M. *Introducción a la literatura griega*, Madrid, Guadarrama, 1968, p 150 (Recordemos la unidad de la belleza con el bien y la verdad que guía al pensamiento griego.)

9.- Aristóteles, *op.cit*, V, 1129 .b-28.

10.- La noción de buena voluntad será estudiada, siglos después, por la ética kantiana.

11.- Cruz Hernández, Miguel, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Madrid, Alianza, 1981, t. II., p.10.

12.-División del saber difundida por M.T. Cicerón.

13. Recordemos que el emperador Carlomagno era analfabeto.

14.- Leocata, *op.cit*, tomo I, p.44.

15.- *id.* p 45.

16.-- Muestras de que la lucha contra el pensamiento de Descartes sigue presente después de siglos, cfr. *Homenaje al tercer centenario del Discurso del Método*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, 1937. Tomos I, II, III.

17.-Leocata, *id.*, p.67.

18.- Leocata, *id.*, p.67.

19.- Leocata, *id.*, p.82.

20.-Leocata, *id.* p.94.

21.-Leocata, *id.*, p.76.

22.- Leocata, *id.*, p.94.

23.- Leocata, *id.*, p, 99.

24.- Leocata, *id.*, p.86.

25.-- Píndaro (512-488 A.C.) *Piticas*, VIII, 95-97, citado en Bowra, *op. cit.*, p. 170.

En los mitos, Zeus da, a los hombres, la justicia y el respeto para que puedan vivir en sociedad, cuando advierte que el fuego -símbolo de la inteligencia humana que les había dado anteriormente como un bien que los distinguiera -y ningún don divino podía anularse-, es usado para la muerte y la guerra entre ellos.
